

La carne va desacreditándose mucho: ya le lleva ventaja, como alimentación fortalecedora, la leche; la pastoril y bucólica leche. Por otra parte, en climas templados ó mejor calurosos, la carne es madre del reuma. — Epocas históricas recordamos en que sin duda los españoles eran duros como piedra y realizaban empresas que piden energía y voluntad, comiendo peor que se come ahora. Hoy el alimento es variado, agradable, presentado con limpieza; se consume más ternera y vaca, menos cerdo y embutidos; han entrado en el mercado general peces, mariscos y legumbres que antes se consideraban rarezas exquisitas; el azúcar se ha puesto al alcance de cualquiera; el café, la cerveza, ciertos refrescos, no son patrimonio sólo del que vive en la capital: no hay aldea en que no se encuentren. Por no hablar sino de un refresco, el humilde y plebeyo *boliche*, esa limonada gaseosa barata, ¡cuántos bienes le debemos! Y digo *le debemos*, no porque yo la pruebe nunca, sino porque noto sus efectos bienhechores en los aldeanos de mi tierra. Haciendo competencia al aguardiente de caña y al amillico, remojando la seca garganta sin atufar el cerebro ni abrasar las entrañas, el boliche habrá evitado muchos garrotazos y no pocas cuchilladas en las romerías y ferias, y bastantes escenas de brutalidad al regreso á casa. Para decirlo de una vez: desde que se ha popularizado el boliche, supongo que nacen menos criaturas marcadas con el estigma degenerativo del alcoholismo — único estigma acaso cierto y fatal.

\* \*

Volviendo á las comidas... En España los ricos comen bastante bien; lo que todavía no se sabe (descuéntense las excepciones honrosas) es beber á proporción de la comida. Rara vez se sirve una con los vinos que corresponden por derecho á cada plato. El gran champagne *extra dry*, el inseparable compañero del asado en Inglaterra, es substituído por marcas dulces é inferiores. No obedece este fenómeno constante á espíritu de economía, sino á tradiciones de sobriedad que están en la medula de la gente ibera. Así como la función crea el órgano, la necesidad y el instinto originan la costumbre. Y el español no experimenta necesidad alguna de regar lo que engulle sino con Lozoya ó á lo sumo con alguno de los pastosos ó claretos vinos peninsulares. Somos en esto tan poco refinados, que la industria de clasificar y elaborar bien los vinos es relativamente nueva.

La indiferencia hacia las bebidas acaso será cualidad que nos realce. Es tan corto el número de borrachos en nuestra patria, que este vicio se mira, especialmente en el campo, como un desdoro, un baldón. En la mujer origina desprecio y reprobación muy severa. El clima, el sol, el carácter, se oponen á que en país de tan excelente y abundante cosecha de vino cunda la embriaguez. Y no se diga que estas reflexiones no vienen á cuento tratándose de comidas de personas de buena posición, que en ningún caso se alegrarían á la mesa. Precisamente á la mesa es donde suelen los anglo-sajones empinar el codo. Nadie ignora la mala maña inglesa de que, al servirse el café, antes de alzarse los manteles, se queden bebiendo los hombres, y las señoras se retiren á otra habitación, ni más ni menos que en la cena de *Lucresia Borgia* cuando se apagan las luces. Beber es aquí un exceso; allí, un *sport*.

A ser posible revelar los nombres de señorones ingleses y *yankees* á quienes suele verse *too full* — como ellos dicen, — se sorprenderían los lectores; porque entrarían en la lista gentes del más alto copete y coturno, y no quedarían á salvo la pairía y la diplomacia. Existe quizás una balanza de virtudes y vicios, en cuyos platillos se compensan el bien y el mal. Nosotros somos, ¡ay!, es cierto, indolentes, desidiosos, enfermos de la voluntad; pero ellos, ¿cómo diablos hacen para conservarla incólume en medio de la disolución del alcohol?

\* \*

A estas horas en España no se habla más que del eclipse y de la cáfila de sabios que se han venido á verlo; sabios entre los cuales descuella Camilo Flammarion. Al decir que descuella, hablo, por supuesto, desde afuera, el sitio que corresponde á un archiprofano. Puede suceder que los otros sabios, de la retahíla cuyos nombres resuenan por vez primera en nuestros oídos, atesoren mayor ó más sólido caudal de ciencia que el simpático autor de la *Pluralidad de mundos*. Flammarion concedo que es un ingenioso novelista, una especie de Julio Verne del espacio, que pone á la astronomía al servicio de la ficción. Recuérdese su obra *Lumen, historia de un cometa*. En las narraciones de que consta este libro, se ve de

cuerpo entero al ameno vulgarizador, al escritor que posee el don de interesar divirtiendo. Por poco aficionado que se sea á la astronomía, *Lumen* entretiene. Es preciso confesar que atraen y maravillan aquellas hipótesis de los soles que dan luz azul, luz roja ó luz color de violeta — á diferencia del nuestro, que la emite blanca, — y de aquellos mundos donde el hombre mide 50 metros de estatura, vive por término medio cuatro siglos y pesa 1.500 kilos; ó donde, al contrario, se disipa, es gaseoso y flota en el aire como una bola de jabón. Todo ello agrada, interesa y hasta suspende el ánimo; pero más que la severa disquisición del hombre de ciencia en su laboratorio, recuerda el *Viaje á la luna* de Cyrano de Bergerac, ó el *Micromegas* de Voltaire.

\* \*

Parece ocioso decir que la severa disquisición, erizada de cifras, no la leeríamos, porque no la entenderíamos siquiera. La astronomía es acaso la ciencia menos accesible á los aficionados ó *dilettanti*. Los millares de curiosos que se dedicarán el día del eclipse á ahumar vidrios y mirar al cielo al través de ellos, sacarán lo que el negro del sermón. Por eso, precisamente, nos atenemos á la astronomía amena y recreativa del autor de *Lumen*. Ella nos da una idea, ligera sí, pero adecuada á nuestros medios de conocimiento, de lo que ocurre en los vastos, en los inconmensurables espacios que se extienden por todas partes alrededor de nuestro planeta. Por ella sabemos nuestra verdadera categoría celestial, nuestra posición astronómica; que somos un planetilla de menor cuantía, reducido y sin importancia, y la creación perdería bien poco si desapareciésemos. Sería como si á un vasto jardín le quitan un grano de arena. Verdad que todavía hay quien supone menos que nosotros, Mercurio y Marte, por ejemplo; que existen otros de nuestra misma talla, como Venus, y son bonitos y los poetas los cantan; pero ¡qué vergüenza si nos comparamos á Júpiter, que es más de mil veces mayor que la Tierra y además tiene cuatro lunas; á Saturno, que nos sobrepasa setecientas y pico de veces y gasta unos anillos tan hermosos; al propio Urano, que abulta por ochenta y dos Tierras, y á Neptuno, que vale por cien! Si mortificase nuestro amor propio esa importancia secundaria que aun dentro de nuestro sistema nos corresponde, podemos consolarnos pensando en los asteroides, grajea planetaria esparcida por el cielo. Nosotros somos, en el firmamento, la medianía; ni tan chiquitos que no se nos vea, ni tan grandes que llamemos la atención. Desde Júpiter somos invisibles. De todo ello se deduce que no nos sientan bien el orgullo ni la vanidad, y que deberíamos preciarnos de globo modesto y sensato, avenido con su puesto, sea el que sea.

\* \*

La contemplación del cielo nos achica, pero nos calma. ¿Qué importan nuestras miserias, nuestras ansias, nuestras alegrías, lo que llamamos gloria, arte, riqueza, felicidad, ante esa inmensidad abrumadora? Esta reflexión de un personaje del drama de Galdós *Realidad*, ha suscitado muchas burlas, pero es bien profunda y verdadera. No hay cosa que sosiegue el ánimo como las conclusiones de la astronomía. Pensar que existen millones y millones de bolas mayores, menores, iguales á la Tierra; con sus polos, su ecuador, sus continentes, sus mares, sus nieves, sus lluvias, sus gases, su envoltura atmosférica, y sus habitantes, y su fauna, y su flora, y sus afares, y sus desdichas, y todo lo que por acá se gasta; pensar que lo que tan grande creemos es un mínimo incidente sin eco en esa creación desmedida y colosal..., no nos consolará ni pizca, pero nos obliga á hacer un gesto indiferente y á pensar: «¡Valiente cosa!»

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### DE LA TIERRA Y DEL CIELO

Con un modismo que ya va cayendo en desuso, «estar de servilleta en botón», se expresaba antaño la idea del convite á comer. Sin duda entonces revestía mayor solemnidad; hoy es cosa usual, frecuentísima, dentro de nuestras costumbres, que, si bien asaz despacio, van europeizándose — y no subrayo la palabra porque no tiene para mí sonido extraño, antes creo que expresa felizmente un concepto que percibíamos y no formulábamos por falta de voz correspondiente.

Hubo un tiempo, y lo recuerdan gentes que no han llegado á la vejez, en que á la hora de comer se cerraba á piedra y lodo la puerta de las casas, aun de las ricas y abundantes de despensa y cueva. Terminada la comida — la patriarcal comida, á las dos de la tarde — volvía á franquearse el portón. Y obsérvese cómo el menor detalle revela el tejido y enlace de un estado social: el hábito de cerrar la puerta para comer decía á gritos: «En esta casa no vive más que un vecino: del sótano á la buhardilla, tiene un solo morador.» Desde que los edificios, divididos en pisos, comprenden varias viviendas, no podría verificarse ese cierre arbitrario.

\* \*

Y el contraste entre antaño y hogaño es tal, que ahora los personajes, hombres políticos y de negocios, excesivamente ocupados todo el día, señalan para recibir á sus íntimos la hora del almuerzo y sobremesa. Nadie se apura y encoge porque le vean comer. La comida es igual, ó al menos muy análoga, en todas partes. Si Teófilo Gautier y Alejandro Dumas padre levantasen la cabeza, no reconocerían á la España de fritangas con apestoso aceite, los guisotes con ajo y cebolla, y la olla podrida. Encontrarían á la vuelta de cada esquina el plato francés ó inglés y el *menú* que podrían haberles servido en algún restaurant del *boulevard*.

Hablo, naturalmente, de las clases acomodadas, mejor dicho, ricas. En esferas modestas es distinto: se come á la antigua, garbancesca usanza, y no falta quien achaque la decadencia nacional á la alimentación mala y floja; pues, colectivamente hablando, este pueblo pastor y agricultor no es un pueblo carnívoro. No sé si tienen razón los que tal dicen; pero sé que conozco personas enemigas del rosbif, y disfrutando de salud y fuerza para vendérselas á más de cuatro inglesas nerviosas.